

Los santos de Asís

Gonzalo Rodas Sarmiento

(séptima parte)

18.- Francisco contemplativo y evangelizador

Tuve mi desierto en la isla del lago. El Trasimeno, muy cerca de Perugia. Estando en él, me imagino que es el Genesaret, y así ya empiezo a entrar en oración. Toda la última cuaresma la pasé en medio de la isla, que tiene bastante vegetación e insectos, pero es desierta en cuanto a personas. Llevé seis panes para los primeros días, confiando en que los árboles me proporcionarían algo de comer, lo que sólo resultó parcialmente cierto.

Un amigo que tengo en Perugia tuvo la buena voluntad de llevarme hasta allá en su embarcación, y se resistió mucho a dejarme solo. Tuve que porfiar en todos los tonos, hasta que lo convencí.

-Ven a buscarme para el Jueves Santo -le solicité.

-Pero... si faltan varias semanas para eso.

-Sí. Así lo quiero.

-Eres un loco -sentenció al irse.

Lo observé mientras se alejaba remando. Ambos reíamos.

Con ramas armé una choza para protegerme del frío de la noche y del calor del día. A poco de llegar me hice amigo de un conejo que me visitaba a menudo.

Dispuse de largas horas para mis oraciones, y también para soñar cómo ha de renovarse la iglesia. Cada vez que un Papa ha querido reformarla ha tenido serios problemas. Lo han perseguido, lo han apresado, lo han destruido. No son las personas con poder las que pueden provocar los cambios que lleven a la Iglesia a su pureza original. No. Son los pobres, los marginados. El cambio viene desde abajo. El mismo pontífice actual, Inocencio, con toda su intención reformadora y con el poder que hoy tiene, no ha logrado mayor eficacia. Por el contrario, ha confiado en soldados belicosos que no merecían esa confianza, ha exterminado a los herejes en vez de enseñarles. ¿Qué nos enseña Cristo? Por otra parte, no creo que esto pueda mejorar si no mejora cada persona.

Tuve tiempo también de reflexionar acerca de esa vergonzosa cruzada de los jóvenes pobres, que no sé quién organizó. Precisamente los que tienen más posibilidades de generar algún cambio, resulta que están metidos en el mismo lodo de los adultos. Muchachos y muchachas, postergados por la sociedad, acudieron con intenciones de luchar sin armas. Han ido así, con la pretensión de recuperar los lugares santos. . . sin un intento de reparar los lugares espirituales en que estamos los cristianos. Muchos de estos niños murieron, y los que no, fueron arrastrados por la esclavitud y la prostitución. ¿Hacia dónde va el mundo? Es lo que me pregunto.

Recé extensas jornadas en este islote. Y al volver al mundo, en Semana Santa, me propuse ir a predicar a Siria. Con León lo intenté. Embarcamos en Ancona, pero la aventura duró muy poco. Una tempestad nos impidió alcanzar el destino previsto, y tuvimos que desembarcar en la costa adriática. Desde ahí no teníamos ninguna posibilidad de ir directamente a Siria sin volver a Italia. Lo complicado fue que tampoco había oferta de viajes a parte alguna. Por suerte pudimos abordar, después de dos semanas, una pequeña embarcación, muy precaria, en que unos navegantes aficionados querían ir a Ancona. No fue fácil lograr que nos dejaran participar de esa expedición. Tuvimos que aportar la alimentación para todo el grupo, la cual fue conseguida gracias a las limosnas que ya estábamos acostumbrados a pedir. El viaje fue largo y azaroso. En varias ocasiones estuvimos a punto de naufragar, hasta que finalmente estuvimos de vuelta en Italia.

-Vuestras oraciones nos salvaron de morir -nos dijo uno de los improvisados marineros, al despedirnos.

* * *

Fue en nuestro propio país, donde se nos unió mucha gente. En una oportunidad, un joven pobre se nos acercó a pedir limosna. Uno de nuestros nuevos discípulos hizo un comentario temiendo que se tratara de un rico que se hacía pasar por pobre. Le expliqué con gran paciencia que los ricos viviendo como pobres éramos precisamente nosotros, porque habíamos renunciado a seguir siendo ricos. Entonces, nuestro joven seguidor recapacitó. Volvió unos pasos atrás y se arrodilló frente al mendigo. Además, le regaló la capa. Fue una escena notable que me hizo recordar mis inicios.

Varios meses después, yendo con León por la región de la Romagna, pasamos muy cerca del castillo de Montefeltro. Como se veía mucha gente en movimiento por el sector, preguntamos a qué se debía esta actividad. Nos respondieron que un joven noble sería armado caballero, y por eso había esta fiesta, hasta con invitados extranjeros. Estaban todos tan contentos que nos invitaron a participar. Al principio, nos íbamos a negar, pero insistieron tanto que nos quedamos, pensando en evangelizar a esas personas. Caminamos junto a ellos por el sendero hasta la plaza de armas, en el pequeño pueblo. Mientras se reunía la gente, me armé de valor y me subí en una piedra.

-Atención -grité un par de veces y me puse a relatar, amistosamente, las enseñanzas del evangelio. La gente nos escuchaba con interés. Cuando terminé mi alocución y me bajé de ahí se me acercó uno de los invitados, un señor noble que dijo ser Conde de Toscana. Su nombre es Orlando de Chiusi. Conversamos muchísimas cosas, pues resultó ser un hombre de gran simpatía. Me habló de sus tierras, y de cómo el monte Alverna se presta para la vida solitaria.

-Es un lugar retirado... para la devoción -aclaró.

-Quiero regalarte un terreno en ese monte -agregó entusiasmado, describiéndolo con toda clase de detalles.

Me puse contento, pero le pedí que me lo prestara solamente, pues no quiero tener propiedades. Me di cuenta que el señor Orlando también se sentía feliz de poder ser generoso con nuestra fraternidad. Estábamos emocionados y nos abrazamos con verdadero afecto. Fijamos fecha para ir a conocer el lugar, a la semana siguiente. Llegado el día, acudí con Maseo, León y Ángel

Tancredi. Llegó también Orlando de Chiusi con dos de sus hombres y nos explicó cómo llegar y hasta dónde se extiende nuestro campo en el monte Alverna. Lo encontramos fabuloso. Volví a insistir, eso sí, en que no quería ningún documento legal de propiedad.

-Está bien -aceptó Orlando de Chiusi-. No haremos papeles, pero podéis disponer del sitio a vuestra entera voluntad.

Fue un bello gesto, que agradecemos. Incluso, cuando vamos a Alverna, la gente del señor Orlando nos lleva comida. Y nos han ayudado con las chozas, y hasta nos trajeron una sólida mesa, que nos ha venido bien. Eso sí, les advertí a los Hermanos que no nos apeguemos a los generosos ofrecimientos del señor Orlando, ya que hemos decidido vivir en pobreza.

Es un buen lugar para llegar, muy apropiado para la oración contemplativa, pero no nos hemos querido establecer de modo permanente. Nuestra vida sigue teniendo viajes de evangelización.

* * *

Estuvimos en Bolonia, cantando y predicando en las plazas. Bernardo se quedó allí por un tiempo, pues tiene vinculaciones con la Universidad, y los profesores le proporcionaron una pieza, y después de unos meses, una quinta completa. Bernardo no se instaló tampoco en Bolonia. Me acompañó a España, junto a varios de nuestra comunidad. Antes de salir, encargué a León que se quedara para atender a las Hermanas de San Damián. Aproveché la oportunidad para reiterar a los Hermanos que nosotros y las mujeres formamos parte de una misma comunidad, aunque vivamos en lugares diferentes.

Por supuesto, fui a despedirme de Clara. Tiene un jardín muy bien cuidado, con unos rosales bellísimos. Y el pozo, hasta tiene agua.

Partimos hacia España pasando por Francia. Como trovadores que somos, llevamos alegría y proporcionamos canciones además de dar a conocer el evangelio. Algunos hacían lo que podían, pues no son tan entonados como el resto. Llegamos después de muchos días a Navarra, en el norte. Nos detuvimos en una pequeña y acogedora aldea llamada Rocaforte. A poco de llegar, ya entrábamos en casa de un anciano que se estaba muriendo. La fiebre lo hacía delirar, y decía cosas simpáticas. Nos quedamos a cuidarlo un día entero y vimos como mejoraba lentamente. Sin embargo, teníamos que irnos, así que le pedí a Bernardo que se quedara con el enfermo, pues si lo dejábamos solo se iba a morir. Bernardo aceptó, gracias a su buena voluntad. Eso le significó perderse una peregrinación a Santiago de Compostela. No pudimos ir al sur, a la tierra ocupada por los árabes, no sólo por las dificultades propias de la situación sino también porque casi todos nos enfermamos del estómago. En consecuencia, se frustró el viaje a Marruecos, que era mi principal objetivo. Tal vez fue para mejor, porque en Asís está llegando gran cantidad de nuevos Hermanos, y hay que estar ahí para recibirlos y encauzarlos.

Se nos unió Tomás de Celano, un escritor muy culto y de animada oratoria. También se nos unieron el noble Ricerio, Juan Parenti, y mi gran amigo Elías, que tiene una fuerza espiritual increíble y muchas ganas de restaurar la Iglesia. También ingresó a nuestro grupo el trovador Pacífico, que antes había estado dedicado a las improvisaciones picarescas. Le llamaban el

"rey de los versos", y renunció a toda esa pompa para orientar su arte a algo completamente distinto.

-Sácame del mundo ilusorio -me imploró, cuando le hablé de nuestra vida sencilla.

He aceptado a todos los que renunciaron a sus posesiones y a las vanidades del siglo, sin importar su clase social ni su nivel de estudios. No tenemos un período de formación sino que, en el día a día, los nuevos van asimilando la forma de vida.

Decidí ir a San Damián con Leonardo, otro de los nuevos..., para que conozca.

-¿Vamos a ver a la hermana Clara? -le dije, y antes que alcanzara a responder, saltó al aire una exclamación de Junípero:

-¡Ésa es tu frase favorita!

Debo reconocer que tiene toda la razón.

19.- Egidio y la tentación

Me encanta el Paraíso. Alguien podrá pensar que nunca he estado allá, pero yo no me atrevería a afirmar algo así, tan livianamente. Cuando entro en oración como Francisco me enseñó, mi espíritu llega a esos lugares remotos en que la divinidad tiene una presencia evidente.

Quiero irme a una ermita, y podría hacerlo hoy mismo, pero hasta ahora no me he atrevido porque le tengo miedo a las tentaciones que mi propio cuerpo, con toda seguridad, me va a poner por delante. De hecho, cuando se me acumula la tensión, me es muy difícil luchar contra el hermano Asno, como le dice Francisco a esa fuerza del cuerpo que lo único que busca es un placer físico, como un saco roto que es imposible llenar.

Aunque mi voluntad ha ido progresando, no hace tanto tiempo que pasé una época en que la tentación me asaltaba con tal ferocidad, que todos los días tenía que ir a confesar mis malos pensamientos, y eso me llenaba de vergüenza. Yo mismo me recetaba fuertes penitencias, tratando de imitar a Francisco, que en las noches duerme en el suelo, con almohada de palo. Y quise imitarlo también, aunque fuera sólo un poco, en eso de no ocultar a los demás las faltas que hubiera cometido. Nunca olvidaré esa vez que Francisco se puso una soga al cuello, y le pidió a un Hermano que lo llevara semidesnudo por toda la ciudad, como quien lleva a un animal que no ha de escaparse, diciendo en voz alta "Este es un glotón".

Yo no sería capaz de tanto, pero me sentí obligado a contarle mis dificultades a Francisco. Me recibió con mucha comprensión y me recomendó que rezara siete padrenuestros cada vez que la tentación me atacase. Me reiteró que dominando todos los apetitos corporales florecerá la vida espiritual, y además, me contó que una vez tuvo una oración muy provechosa, en torno a esa palabra que dice "Si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esa montaña que se traslade y se trasladará". En esa ocasión, Francisco preguntó al Señor:

-¿Qué montaña tengo que trasladar?

Estuvo largo rato repitiendo ese diálogo hasta que escuchó la respuesta divina:

-La montaña es tu tentación.

Caló hondo en mí este relato, pues la tentación es enorme como una montaña. He estado poniendo en práctica sus sugerencias, y de verdad sirven, pero lo que más ha contribuido a sanarme es el hecho mismo de haber tenido esa conversación con Francisco.

Él tampoco está libre de la tentación, y cuando ésta se aproxima la aplaca a punta de azotes, y en una oportunidad en que eso no fue suficiente, vi que se acostó desnudo en la nieve. Es un hombre muy decidido, un verdadero ejemplo para los demás.

En otra ocasión nos hizo una jugarreta para enseñarnos de manera vivencial. Se fijó en la mesa que habíamos preparado porque estábamos con ánimo festivo. Abundante, y hasta de mantel. Francisco la vio casi de reojo, y siguió caminando como si nada, y después ya no lo vimos. Como no es nuestra costumbre esperar a que él llegue para sentarnos a comer, esa vez tampoco lo esperamos. Dimos alegre comienzo a nuestro festín, y a los pocos minutos sentimos que alguien tocaba a la puerta. Fue a abrir un Hermano nuevo, y se encontró con un mendigo que le pidió:

-Una limosna para este pobre.

Lo hizo pasar y cuando lo vimos los más antiguos nos dimos cuenta que era Francisco disfrazado. Al menos yo, sentí vergüenza.

-No se puede rendir por hambre a quien ayuna, ni arruinar a un mendigo -nos dijo alegremente.

Un poco más tarde comentábamos esa escena con Junípero, Rufino y Simón.

-Se requieren varios días de penitencia para que el cuerpo se acostumbre -señaló Rufino.

Fue entonces que se me ocurrió hablarles de la gracia de Dios.

-¿Algún rey -pregunté- haría viajar a su hija sobre un caballo chúcaro?

-No. Sobre uno manso -respondió Junípero.

-De la misma manera, Dios pone su gracia en los humildes -expliqué, y en seguida les relaté lo que me ocurrió días antes, cuando llegó un hombre a rezar un rato con nosotros.

-Yo no tengo relación con más mujeres que la mía -me aseguró el hombre esa tarde-. ¿Acaso eso no es suficiente?

-¿Crees que uno no se puede emborrachar con el vino de su cuba? -le respondí con una pregunta sin respuesta, pues yo sabía que este hombre era medio bruto para tratar a su mujer.

Los Hermanos rieron al escuchar mi relato, y eso de emborracharse con el vino de su cuba, puso en el ambiente nuestra situación célibe. Surgieron las típicas bromas, y me atreví a hacerles una pregunta, indicando con mi mirada la zona genital:

-¿Qué hacéis vosotros con la tentación del placer solitario?

Se quedaron callados un rato. Alcancé a pensar que a lo mejor me estaba excediendo con esa pregunta. Sin embargo, ésta fue bien recibida.

-Yo me tiendo en la tierra -dijo Rufino- y me encomiendo a la Virgen María.

-Yo pienso en que no quiero caer en la torpeza -compartió Simón-, prefiero huir.

-Cuando trata de invadirme un mal pensamiento -empezó a decir Junípero- llamo a los otros pensamientos, éstos que son casi santos. Uno tras

otro empiezan a llenarme y así no dan cabida al maligno que intenta entrar. Le digo "La hospedería está ocupada".

-Contigo me quedo -exclamé, reforzando la expresión de Junípero-. Si se deja entrar a un traidor, llegará un ejército de enemigos.

No creían mucho los otros o quizás necesitaban un tiempo para digerirlo. Traté de explicarles:

-Si tengo que mover una enorme piedra, muy pesada, y no tengo la fuerza suficiente, puedo emplear el ingenio, ¿ cierto?

-Cierto -estuvieron todos de acuerdo en eso.

-Bueno, acá pasa lo mismo. Un gran sabio griego decía "Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo".

-¿Y cuál sería nuestro punto de apoyo en el caso que nos ocupa? - preguntó Rufino, con mucha elegancia.

-Ya lo dijiste antes..., para ti es la Virgen María.

Después de eso, ya estuvimos todos de acuerdo. Y yo, un poco más preparado para ser un buen ermitaño. A los pocos días le pedí a Francisco que me enviara a las Cárceles, a lo que accedió de muy buen grado, y ya estoy preparando mis poquísimas pertenencias para iniciar una nueva vida.

20.- León y su inquietud por escribir

Es tan grandioso lo que estamos viviendo, que quiero escribirlo. No hallo por donde empezar. No sé si incluir un contexto histórico y geográfico. Referirme a la guerra que el Papado considera santa y que a mí me causa una rebelión interna que no es fácil de exteriorizar. Si hasta me podrían excomulgar por no estar en esa consonancia. He conversado esto con Francisco, y él me convenció de que nuestra misión es ser sembradores. Hemos de restaurar algún día la convivencia religiosa que Jesús nos enseñó, pero la construcción toma tiempo. Veo claramente que no son las odiosas guerras las que tengo que relatar, sino lo otro. La semilla. Esos pequeños pasitos que damos por el camino. Jesús nos dice "Yo soy el camino".

Talvez pueda empezar presentándome. Entré a presbítero porque realmente me gustó eso, aunque he sido atípico. Vi en Francisco una claridad tan grande que ahora yo lo sigo a él. Desde esa vez que predicaba semidesnudo con Rufino. Quedé maravillado, más que nada por el cambio que se operó en Rufino. Me río de esa aventura cada vez que la recuerdo.

Me seguí vistiendo de color negro después de entrar a los Menores. Es que nadie tiene el mismo color que otro.

Lo que quiero escribir es la historia de Francisco, y no la empezaré por el principio.

Cuando él estaba más tiempo en Asís visitaba a las Hermanas Pobres con cierta frecuencia que después se fue perdiendo. Yo me tomé la libertad de acompañar a Felipe en cierta oportunidad y conversé largamente con Clara. Ella es un regalo del cielo, y deseaba con tanto fervor hablar algunas cosas con Francisco que me lo dijo así, directo. Tuve que prometerle que se lo conseguiría.

Hablé esto con Francisco, ya que tengo bastante confianza con él, si hemos sido amigos desde la infancia, y yo trataba siempre de llevarlo por el buen camino cuando íbamos a fiestas. Esta vez, le hice ver que sigo siendo una oveja de él, que es quién tiene las condiciones para conducir el grupo.

-¿Qué quieres decirme, León? -me preguntó-. Algo te pasa.

-Algo le pasa a Clara... Hay cosas que ella necesita hablar contigo.

-No sólo sería bueno para ella concederle una visita -agregué-, sino que también para ti.

Después de reflexionar un poco, estuvo de acuerdo.

-La invitaré a que venga a la Porciúncula -accedió Francisco- para que salga un poco de su rutina.

Así fue como empezamos a preparar todo para el siguiente Domingo, que ya estaba próximo. Ese día asistió Clara, acompañada de Pacífica, que hace poco llegó de misión en Vallegloria. Yo mismo fui con Felipe a buscarlas a San Damián.

-¡El árbol! -exclamó Clara al verlo después de tanto tiempo.

-¡La piedra! -continuó Pacífica.

Teníamos dispuesto un pequeñísimo mantel cuadrado sobre el pasto a la sombra del mentado árbol, pues era un día de sol, y nos ubicamos sentados en el suelo, Francisco frente a mí, a ambos costados de cada Hermana.

El almuerzo mismo fue frugal, y luego de él permanecimos donde mismo durante horas, pues teníamos tantas cosas que conversar. Después de los asuntos relacionados con las novedades del último tiempo, Francisco nos habló de Jesús con gran ternura. Clara no fue menos, y entre los dos me tenían maravillado. Empecé a notar un resplandor en torno a cada uno de ellos, con creciente intensidad, a tal punto que cuando llegó el crepúsculo, los halos eran ya verdaderas luces vivas, y más todavía cuando se hizo de noche. Yo estaba como en un Tabor, queriendo permanecer por siempre ahí. Pensar que la choza ya la tengo, me hacía sonreír aún más. Fue una tarde memorable que terminó abruptamente cuando llegaron unos campesinos con baldes de agua, y casi nos los echan encima.

-Creímos que había un incendio -se disculpó el que parecía jefe de la cuadrilla.

Entonces reímos todos de buena gana, y la luz divina se apagó, sin necesidad de agua. Francisco invitó a estos hombres a compartir un pan antes que se retiraran.

-Ya es hora de irnos -dijo Clara, y Pacífica estuvo de acuerdo.

Fui con Felipe a dejarlas a San Damián. Al llegar nos recibieron las Hermanas muy aliviadas.

-Llegué a pensar que destinarían a Clara a algún otro convento -explicó Bienvenida-. Se me hizo larga la tarde, que ya es noche, a decir verdad.

Bueno, esto fue lo primero que escribí en mis páginas. Después agregué lo que me ocurrió cierta vez en que se me perdió mi breviario. No lo encontraba por ningún lado.

-Francisco, ¿has visto mi breviario?

-No, pero adivino que no lo necesitas.

-¿Y cómo voy a rezar mis oraciones diarias?

-Te ayudo. Yo digo una oración y tú reafirmas.

-De acuerdo.

-¡Oh, Señor! Dios del cielo y de la tierra -empezó él-, tu hijo Francisco ha cometido pecados contra ti, y merece que lo rechaces.

-Francisco, la misericordia de Dios Padre es más grande que tu pecado.

-¿Por qué me contradices?

-Porque Dios me sopla las palabras que a Él le agradan.

Y como Francisco volvió a repetir la misma oración, busqué una respuesta un poco más adentro:

-Dios hará tanto bien a través tuyo, que irás al Paraíso.

Por tercera vez Francisco volvió a insistir con su misma oración, y tuve que buscar más adentro mi respuesta:

-Dios te ensalzará y te glorificará eternamente.

Creo que ésa ha sido la única vez que dejé callado a Francisco, y por eso quise incluir la escena en mis apuntes.

* * *

También anoté algo acerca de un encuentro que tuvimos en Asís los Hermanos Menores de la provincia. Fue tan provechoso que pensamos repetirlo el próximo año, pero invitando a Hermanos de otras provincias, e incluso de otros países, que también los hay.

Lo próximo que escribí en mis páginas fue lo más importante, el Concilio Letrán IV, del año 1215. Abarcó casi todo el invierno, que ya está terminando. Francisco y yo fuimos invitados a asistir a la primera sesión, en Roma, lo que nos llenó de gratitud y esperanza. Acudieron obispos de casi todas las iglesias cristianas, incluyendo el patriarca de Constantinopla, lo que es un muy buen signo de reconciliación. Sólo faltaron los griegos, que aún están muy molestos, pues no han superado las atrocidades cometidas por los cruzados, no sólo en Constantinopla, sino también lamentan que aún hay territorios griegos ocupados por reyes occidentales. Todo esto de las Cruzadas es muy doloroso, y ojalá pronto podamos llegar a un término del afán guerrero en la Iglesia.

El primer día, la basílica San Juan de Letrán estaba totalmente llena, tanto que nos tuvimos que quedar de pie, bien atrás. Mucha gente se ubicó afuera. En su homilía inaugural, el Papa Inocencio detalló los propósitos del concilio, como fueron fortalecer la fe y la virtud, erradicar los vicios y herejías. Ensalzó a los que participan en las cruzadas, a los que luchan contra la herejía, y a los cristianos que reforman su vida. Habló de la necesidad de renovación de la Iglesia.

-Parece que empiezan a hacernos caso en eso de restaurar la Iglesia - dije en voz baja a Francisco.

-Sí -me respondió-, pero también parece que el Papa lo enfoca más hacia lo relajado que está el clero.

-En lo sexual... -bajé un poco más la voz.

-Y también en lo litúrgico.

Si bien ese primer día estábamos esperanzados, esto se fue diluyendo un poco, a medida que pasaban las semanas. Además de la primera sesión, también presenciamos la última, en la cual tuvimos oportunidad de conocer a Domingo de Guzmán, que ha fundado una Orden. Hicimos bastante amistad con él.

Al final del concilio, Francisco quedó con un dejo de tristeza, quizás tratando de conformarse, con paciencia. En cambio, yo estaba francamente decepcionado, con un sabor amargo. Habría querido protestar ahí mismo, si hubiera existido la forma de hacerlo. Aún así, no sacaría nada.

De eso veníamos conversando en nuestro camino a la Porciúncula. Se protegieron los dogmas, es cierto, por ejemplo el de la Santísima Trinidad y el de la Transustanciación. Sin embargo, la condena de las opiniones del abad

Joaquín de Fiore me pareció un poco apresurada. Por otra parte, la obligación de confesión anual está muy bien. Y también una serie de normas de disciplina clerical, y otras destinadas a terminar con la mala costumbre de excomulgar sin advertencia previa y después cobrar por levantar la excomunión.

-Ésa era una práctica perversa -expresé.

-Espero que desde ahora no seguirá ocurriendo.

-Lo que menos me gustó fue que se planeó una nueva cruzada.

-A mí tampoco me gustó eso. Ésta era una inmejorable ocasión para terminar con esa lacra. Te lo digo yo, que he estado en la guerra, y entendí que nada bueno puede salir de ella.

Continuamos caminando en medio del frío y comentando otros resultados del concilio. Nos abocamos al tema que nos dejó más mal porque nos afecta directamente en nuestro carisma.

-¿Cómo te cayó eso de que la enseñanza debe impartirse en los grandes templos? -pregunté.

-Hasta ahí podría estar bien, pero... ¿captaste quiénes pueden impartirla?

-Los obispos...

-¡Ah! A nosotros nos sacaron de los púlpitos.

-... pueden autorizar a otras personas -continué la frase que me había quedado trunca.

-Y eso no es todo. No se permitirán nuevas reglas monásticas.

-Para que no se produzca confusión..., según dijeron.

-Sí. Ése fue un mal argumento.

-Y tenemos que contarle esto a Clara. ¿Qué va a pasar?

-Imagínate. Si ya está tratando de avanzar cuesta arriba.

-Y para peor, un Cardenal se refirió despectivamente a “esas monjas que con el pretexto de la pobreza no pagan lo que corresponde al entrar a la vida monástica”.

-Veo que te aprendiste las palabras de memoria.

-Nos dieron duro, Francisco.

-Necesitamos mucha oración.

En el resto del trayecto hablamos muy poco. Me sumergí en mis pensamientos. ¿Cómo mostrar caminos que lleven hacia Dios? Sólo avanzando por ellos, pero nadie podría imponer su propio mapa a los demás. Esta misión no es de la jerarquía, sino de nosotros, las pequeñas ovejitas. Eso somos, y tenemos la gran misión de atrevernos a caminar por senderos inexplorados y mostrar así que ése es el camino. Las jerarquías nunca darán pasos desconocidos, pues creen que estarían arriesgando mucho.

De pronto le hablaba algo a Francisco, para desahogarme, mientras él se limitaba a medir y dimensionar la tarea que tiene por delante. ¡Qué paciencia, Dios mío! De hecho, eso es mostrarme un camino. Esto es muy complicado. Quisiera que la Iglesia caminara mucho más rápido hacia Dios, en vez de retroceder, como ahora. Andaré por senderos difíciles, con piedras y barro, que así podré encontrar tesoros.

La oscuridad densa de la noche nublada empezó a invadirlo todo. Yo rezaba para que Dios nos librara de los peligros que pudieran estar esperando. En cambio, Francisco confiaba en la luz divina que nos guía en el sendero. Me contagió su optimismo, y cuando ya nos acercábamos a la Porciúncula, me dijo:

-Hermano León, aunque diéramos ejemplo de santidad, ahí no está el gozo perfecto.

Estuve en silencio un buen rato, esperando a que Francisco siguiera hablando.

-Hermano León, aunque conocieras todo, ahí no está el gozo perfecto.

Yo seguí caminando en silencio, por largos minutos pensando que Francisco quería alegrarme un poco a pesar de lo contrariado que pudiera estar por lo del concilio.

-Hermano León, aunque convirtiéramos a todo el mundo, ahí no está el gozo perfecto.

-Hermano Francisco, llevas ya un buen rato hablándome igual que si fueras San Pablo... ¿Dónde se puede encontrar entonces el gozo perfecto?

-Gozo perfecto es el que se produce cuando, después de tocar a la puerta, te rechazan en medio de insultos, y tienes la fortaleza para aceptarlo con alegría.

No supe qué responder. Me quedaba muy claro que Francisco se refería, en parábola, a la actitud que quisiéramos tener para afrontar lo que viene después del concilio.

Ya nos quedaba poco camino, menos mal, porque el frío era tan intenso que penetraba hasta los huesos, y con las tinieblas que reinaban, a duras penas veíamos donde ir pisando. Finalmente llegamos y golpeamos la puerta. Estaba tan oscuro que el Hermano portero creyó que éramos ladrones y no nos abrió. Tuvimos que insistir varias veces hasta que salieron dos Hermanos muy molestos con los intrusos, según creían, que nos botaron al suelo a golpes y empujones. En ese momento se dieron cuenta de su error y les dio mucha vergüenza. No hallaban qué hacer para que los perdonáramos. Francisco y yo entramos riendo a carcajadas. Sólo nosotros sabíamos por qué esa situación nos causaba tanta gracia. Después les explicamos. Me vino bien todo el suceso, como un saludo de Dios, que me ayudó a asimilar la enseñanza de Francisco.

Varios días después me armé de valor y decidí sugerirle a Francisco que fuéramos a San Damián a informar a las Hermanas acerca del concilio. No fue necesario decirle nada.

-¿Vamos a ver a la hermana Clara? -anunció, como adivinando mis intenciones. Tampoco necesité decir que sí, pues resultó obvio.

Salimos de la Porciúncula caminando rápido para combatir el frío. Clara, Pacífica y Bienvenida nos recibieron en el comedor, con una taza de té para reponernos, y dispuestas a escuchar.

-Esa basílica estaba repleta -empecé diciendo para no entrar tan de lleno en lo medular.

-El Papa se acordaba de Francisco -seguí, aludiendo a un momento en que el Pontífice lo saludó efusivamente. Continué hablando de Domingo de Guzmán.

-Un verdadero amigo -señaló Francisco, suspendiendo su silencio.

A todos nos costaba entrar en el tema candente. Creo que adiviné un pensamiento aprensivo en Clara.

-Con Francisco estuvimos preocupados -expliqué- cuando los obispos discutieron acerca de la pastoral.

-El resultado no fue el que esperábamos... -dijo finalmente Francisco, mientras el rostro de Clara transparentaba su tristeza infinita- ... pero, lo tomamos con alegría y con mucha fe... Jesús está siempre con nosotros.

Clara quiso contagiarse con una sonrisa de complicidad, tenue y fugaz. En cambio, sus ojos se humedecieron.

-Seguiré luchando -aseguró Clara, después que terminamos de decir todo lo referente a la prohibición de nuevas reglas-. Firme, junto a Dios, en verdad... y dignidad.

-También ocurrió algo muy bueno -anunció Francisco sonriente-. El arzobispo de Reims quiere recibir en su ciudad un grupo de Hermanos Menores, y otro de Hermanas también.

Clara recuperó su alegría, y seguimos conversando animadamente hasta que se hizo de noche.

-¿Sabes lo que vi en el pozo? -me preguntó Francisco después que salimos.

-¿Qué viste?

-El rostro de Clara reflejado al fondo del pozo.

-Era la luna creciente la que viste -intenté corregir, pues tenía por muy cierto que Clara no había salido al patio.

-Talvez, pero era Clara... y estaba en paz.

Quedamos en silencio por largos minutos de caminata.

-Y sabes lo que me pasó anteayer en Imola? -preguntó Francisco.

-¿A quién viste?

-Tuve que ir donde el obispo... tú sabes... a pedirle permiso para predicar.

De nuevo me invadió la tristeza. Encuentro el colmo, que Francisco tenga que estar pidiendo permiso, si nadie predica mejor que él. Algo gruñí para expresar eso.

-Me dijo que bastaba con que predicara él -continuó diciendo Francisco.

-¿Qué se habrá creído?

-Hice como que me retiraba, pero volví a entrar por la otra puerta.

-¡Qué buena actitud!

-Le pedí permiso de nuevo, como si yo fuera otra persona, y eso le causó risa al obispo.

-No me digas que se ablandó.

-Claro. Le caí simpático..., y me dio el permiso... Y prediqué en la plaza de Imola.

(fin de la séptima parte.

Continuará)